9224

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL QUE NO LA CORRE ANTES...

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

Mozo

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1865.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma,
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.
Aventuras imperiales.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Los artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey García.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano
Juan Diente.

Los nerviosos.
Los amantes de Chinch
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos espa
Los dos inseparables.
La pesadilla de un case
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Br
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitana de Madrid.
La Madre de San Fernan
Las floresi de Don Juan.
Las aparrencias.
Las gueeras civiles.
Leccions de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia
La Archiduquesita.
La escuela de los amigos
La escuela de los perdid
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Les tres banqueros.
Las huérfanas de la Cari
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en África.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castila (al
La calle de la Montera.
Los pecados de los padre
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicienta.
La peor cuña.
La choza del almadreno.
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento.
La agenda de Correlargo
La cruz de oro.
La caja del regimiento.
Las sisas de mi mujer.
Llueven hijos.
Las dos madres.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbano.

EL QUE NO LA CORRE ANTES...

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON EMILIO MOZO DE ROSALES.

Estrenada con aplauso en el teatro de Variedades el 11 de Marzo de 1865.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1865.

PERSONAJES.	ACTORES.
ELISA (25 años).....	D.ª CÁRMEN BERROBIANCO.
PILAR (17).....	GEEOVÉS.
DOÑA DÁMASA (50)...	D.ª FELIPA ORGAZ.
PABLO (35).....	SR. OLTRA.
ÁNGEL (30).....	SR. MORALES.
DON MARTIN (50)....	SR. MARTINEZ.
JUAN, criado.....	SR. ZARAGOZANO.

La accion pasa en Santander.

La propiedad de esta obra pertenece á D. Alonso Gullon, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Los comisionados de la Galería dramática y lírica titulada EL TEATRO, *son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.*

El editor se reserva el derecho de traduccion.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Gabinete adornado con elegancia, puerta al fondo y laterales. Al levantarse el telon, Elisa aparece sentada y leyendo. D. Mantin sale por el fondo.

ESCENA PRIMERA.

ELISA, D. MARTIN.

MARTIN. Volvió Ángel.
ELISA. No señor.
MARTIN. Mucho tarda.
ELISA. Bien se encuentra
en Santander.
MARTIN. Eso dice
y asi es natural que sea.
ELISA. La vista del mar... los buques
que se marchan y que llegan.
MARTIN. No creo que tenga Ángel
el corazon de un poeta.
ELISA. Su conversacion al menos...
MARTIN. Harto sé que no lo prueba:
vástago de comerciantes
y criado en la trastienda,
solo se ocupa de números,
de adquisiciones y ventas.
Por lo menos... eso dicen...

671667

ELISA. El amor y las empresas
se avienen tan mal.
MARTIN. Error.
ELISA. Si Ángel no tiene ideas,
si á veces...
MARTIN. Falta de mundo
no es falta de inteligencia.
Ya cambiará con el tiempo.
ELISA. No: pasa ya de los treinta.
MARTIN. Pues si á los treinta cumplidos
se inmuta, vacila y tiembla
cuando sin razon le lanzas
una mirada severa,
si es para el amor un niño,
y un Cid para la aritmética,
¿qué mas quieres?
ELISA. Para esposo
se necesita...
MARTIN. Un tronera,
¿no es cierto? ¡pobres muchachas!
lo que os falta de prudencia
os sobra del corazon,
y el corazon solo inventa
fantásticos personajes
y ridículas comedias.
ELISA. Pero padre...
MARTIN. Créeme, Elisa,
aunque don Ángel no tenga
todas las dotes que exiges,
te hará feliz.
ELISA. Dios lo quiera.

ESCENA II.

DICHOS, DOÑA DÁMASA y PILAR.

DÁM. Vecino...
MARTIN. Usted por aqui,
mi señora doña Dámasa.
ELISA. ¡Yo te creia en la córte! (Á Pilar.)
PILAR. Hoy mismo he llegado á casa
de mi tia.

MARTIN. Y la otra tia?
DÁM. No me hable usted de mi hermana,
(Sentándose.)
pues segun cuenta Pilar
ha tirado ya la máscara:
no pierde un baile.
MARTIN. ¡Á sus años?
DÁM. Ni un concierto, está abonada
á dos teatros; se viste
con la mayor elegancia;
tiene un repostero suizo,
una doncella mulata,
dos cotorras, un mandril,
un grun y una americana...
MARTIN. Que tren...
ELISA. No hubiera creido...
MARTIN. Está loca rematada.
Á su edad solo se piensa
en rezar y en tomar aguas
minerales. ¿Qué dirán
las personas timoratas?
PILAR. Que es una mujer de mundo,
y sobre todo, que marcha
con el siglo.
DÁM. (Á D. Martin.) ¡Oye usted esto!
ELISA. Voy notando que la estancia
en Madrid te ha transformado;
no eres ya la misma.
PILAR. En nada:
he visto un mundo tan nuevo...
unos jóvenes...
DÁM. Muchacha!
PILAR. ¿Por qué no he de hacer su elogio?
saludan con una gracia...
hablan tan bien...
DÁM. (Qué martirio!)
PILAR. Los pobres no me dejaban
á sol ni á sombra: Pilar,
encuentro que está usted pálida.—
¿Por qué no se rie usted?—
¿La ofendieron mis palabras?—
Pilar, no oye usted la orquesta.—

Pilar una varsoviana.—
Baila usted como una sílfide.—
¡Qué pie tan bonito!—

DÁM. Basta.

PILAR. —Voy á morir de dolor
si me mira usté enojada.

ELISA. ¡Qué ovacion!

MÁM ¡Qué desvergüenza!
y tú tal vez contestabas...

PILAR. No, señora... sonreia...

DÁM. Esto ha de ponerme mala.
(Á D. Martin, que se rie.)

PILAR. ¿Por qué?—Preguntaban otros
mirándome y en voz baja:—
¿en qué piensa su familia?—
¿por qué razon no la casa?—

DÁM. ¡Pero, niña!...

PILAR. Pues ya es tiempo,
tenerla asi es una lástima.

DÁM. ¿Se convence usted ahora
de lo que ha hecho mi hermana?
(Á D. Martin.)

MARTIN. Para ella ha sido una suerte...

DÁM. Y para mí una desgracia.

PILAR. Está bien. (Siempre lo mismo.)
¿Conque es cierto que te casas? (Á Elisa.)

DÁM. Eso nos han dicho. ¿Y quién
es el futuro?

PILAR. Una alhaja.
Estatura regular,
ojos negros, buena barba.

DÁM. ¡Pero que has de hablar de todo
sin saber una palabra!

PILAR. (Á Elisa.) No me deja abrir la boca.—
Ven á enseñarme tus galas.
(Me ha seguido cierto jóven (Ap. á Elisa.)
lanzándome unas miradas...
silencio.) Me oirás tocar
el *bengalí*.

DÁM. ¡Qué chicharra!

ESCENA III.

D. MARTIN, DOÑA DÁMASA.

MARTIN. Eso es propio de su edad,
mi señora doña Dámasa.
DÁM. Pero debiera acordarse
que huérfana y pobre se halla,
y de que la tengo dicho
desde su mas tierna infancia
que no debe dar cabida
á ideas descabelladas.
MARTIN. Sin embargo...
DÁM. No, señor;
Pilar está destinada
á ir á las Huelgas de Búrgos.
MARTIN. ¿Y usted cree que aquella cara
y aquella imaginacion
llena de fuego y de gracia
se avengan con una vida
silenciosa y retirada?
DÁM. ¿Y usted cree que pueda ahora
vivir siempre con el alma
en un hilo, averiguando
si hay moros ó no en campaña,
si cierran bien los balcones,
si son fieles las criadas
y otras mil cosas impropias
de una mujer recatada?
No, señor; allá en las Huelgas
estará mejor que en casa,
y yo acabaré mis dias
sin que me incomode nada.
MARTIN. (¡Pobre Pilar!)
DÁM. Necesito
que me dé usté algunas cartas
para Búrgos, donde pienso
estar pasado mañana.
MARTIN. Con mil amores.
DÁM. Y vamos:
dígame usted dos palabras

sobre su futuro yerno.
¿Reune?...

MARTIN. Cuanto hace falta;
talento, mucha dulzura
y una hacienda saneada.
No ha salido de Rioseco.
Las reuniones le espantan...
habla poco, pero en cambio
es un hombre de confianza.

DÁM. Si será; pero aseguran,
por lo menos en España,
que *el que no la corre antes*...

MARTIN. Se equivocan, doña Dámasa;
los hombres que empiezan mal
su juventud, mal acaban.

DÁM. Se hastian.

MARTIN. Usted dispense;
hay cosas que nunca cansan.

DÁM. Pero, señor don Martin...

MARTIN. Pero, señora de mi alma,
si conoceré yo el mundo.

DÁM. Corriente: allá se las haya.
Quiera Dios que salga todo
como desea.

MARTIN. Mil gracias.

DÁM. (Este señor se equivoca.)
¿Y no se halla el novio en casa?

ESCENA IV.

DICHOS, ANGEL.

MARTIN. Mírele usted.

ANGEL. Servidor...

MARTIN. Nuestra vecina...

ANGEL. Señora.
(Es la que he seguido ahora,
¡vióse una suerte peor!)

MARTIN. (No sé lo que en él advierto...)

DÁM. ¿Nuestra poblacion le agrada?

ANGEL. Mucho; no puede haber nada
que distraiga como un puerto.

¡Qué animacion! ¡qué correr!
Y qué ambiente tan distinto
se aspira en todo el recinto
del muelle de Santander.
Aquí un grupo en atalaya
señala ansioso una vela
que en el horizonte vuela
hácia la tranquila playa.
Allá un marino tostado
y macizo como un tronco
cuenta con acento ronco
las veces que ha naufragado.
Acullá una madre anciana
besa el tostado moflete
de un intrépido grumente
que parte para la Habana.
Mira uno con asombro
ya un negro, ya un cuarteron,
cuando de pronto un cajon
desgarra un traje, hunde un hombro;
temiendo otro choque brusco
se aparta uno, tropieza
y aplasta con la cabeza
un costal de soconusco.
¡Mas no importa! ¡Qué emociones
superan á las que siente
el hombre entre tanta gente
y entre tantos encontrones?
¿Qué goce podrá igualar
al de oir mudo y perplejo
el ruido del aparejo
y el oleaje del mar;
ó mirar la marcha inquieta
de algun vapor invencible,
ó la llegada apacible
de un brik ó de una goleta?
No sé si en decirlo peco...
odio mi vida pasada,
tan monótona y callada,
tan propia de Rioseco.

DÁM. Pues no es como usted decia
(Á media voz á Martin en tanto que Angel se pasea

apartado.)
tiene una imaginacion
volcánica.

MARTIN. Esa emocion
es propia del primer dia. (Idem.)

ESCENA V.

DICHOS, ELISA, PILAR.

PILAR. Tia...

ELISA. }
ANGEL. } ¡Ah!

DÁM. (Preocupada.) (Malos asuntos
harán.)

PILAR. (El que me ha seguido.)

ELISA. A decir á usted ha venido (Á Doña Dámasa.)
que hoy hemos de comer juntos.

PILAR. (Ap. Elisa.) ¿Quién es?

ELISA. (Id.) Mi futuro.

PILAR. (Y yo
que esperaba...

DÁM. Hoy tengo prisa.

MARTIN. Si uno mi ruego al de Elisa
no podrá decir que no.

ANGEL. (Mi suegro me compromete.)

DÁM. (Comida mas enojosa.)

ANGEL. (Y me mira... y es preciosa...
¡ay! ¡Dios! ¡estoy en un brete!)

MARTIN. Que haya un poco de alegria...

DÁM. No he de mostrarme reacia
ya que perdió, por desgracia,
cuantos parientes tenia.

MARTIN. Mi pobre hermana...

DÁM. ¿Y su hijo?

MARTIN. Corriendo en pos de aventuras.

DÁM. ¿Siempre?...

MARTIN. Contar sus locuras
fuera trabajo prolijo.

DÁM. Recuerdo que era un Luzbel;
que gastaba á troche y moche...

MARTIN. En fin desde *cierta noche*
nadie ha vuelto á saber de él.

y Dios quiera que la suerte
no le haga volver: traeria
cual siempre en su compañía
el desconsuelo ó la muerte.

ELISA. Acaso el tiempo...

MARTIN. No doma
el tiempo genios asi.

(Se abre la puerta con violencia y Pablo aparece en en ella.)

ESCENA VI.

DICHOS, PABLO.

PABLO. Felices.

MARTIN.
DÁM.
ELISA. } ¡Pablo!! (Momento de silencio.)

MARTIN. ¡Tú aqui!!

(Pablo baja lentamente.)

ANGEL. (Hablando del ruin de Roma...)

ELISA. ¿Quién podia suponer...

(Con alegria comprimida.)

MARTIN. ¿Eres marino?

PABLO. Mercante.

MARTIN. ¿Y ahora bienes...

PABLO. De Levante
con destino á Santander. (Fuma.)

DÁM. Que humareda... (T. siendo.)

PILAR. (Y es buen mozo.)

PABLO. He dicho al pisar el puerto:
los que me tienen por muerto
tal vez me verán con gozo,
y aqui estoy, pues si la accion
de los vientos ha curtido
mi rostro, no ha entumecido
las fibras del corazon.
Soy siempre vela que azota
el turbion de los pesares;
loco que busca en los mares
lo que busca la gaviota,
aire para respirar,

recursos para vivir,
bordadas que resistir,
y espacio donde bogar.
Nunca pregunté con zumba
al destino que me guia
en qué lugar abriria
los cimientos de mi tumba.
Solo me inquietan los lazos
de nuestro afecto remoto
si el tiempo no los ha roto,
deme usté al punto los brazos.

MARTIN. Tu solicitud es vana,
porque cuando te contemplo...

ELISA. ¡Padre!... Yo le daré ejemplo...

MARTIN. Tienes razon, por mi hermana.

PABLO. (Á Elisa.) Gracias.

ANGEL. (Á Pablo.) Ángel es mi nombre,
soy su novio; con mi aprecio
puede contar.

PABLO. (Vaya un necio.)
Muchas gracias. (Dándole la mano.)

ANGEL. (¡Vaya un hombre!)

PABLO. ¿Y usted sigue con su tren
de alifafes? (Con naturalidad á Doña Dámasa.)

DÁM. (Qué animal.)

PILAR. Se pone á veces tan mal. .

ANGEL. Pues usted se pone bien. (Á Pilar.)

DÁM. Caballero, ese lenguaje...

PABLO. Es el de abordo.

DÁM. Ya veo...
(Faltaba esto.)

PABLO. Segun creo
podré traer mi equipaje.

MARTIN. Aqui... (Dudando.)

ELISA. Aqui...

ANGEL. Desde ahora...

MARTIN. (¿Quién le mete en este asunto?)
(Ap. á Angel.)

ELISA. (Es forzoso.) (Á D. Martin)

PABLO. Vuelvo al punto.
Cuídese usted bien, señora. (Á Doña Dámasa.)

ESCENA VII.

DICHOS, menos PABLO.

DÁM. Qué pipa y qué olor á brea,
y que hombre tan poco digno,
¿cómo tiene usted valor
de hospedar á ese marino?
MARTIN. Harto lo siento... pero Ángel...
ANGEL. Como parece un buen chico...
MARTIN. Qué disparate.
PILAR. Es un héroe.
ANGEL. Si, señor; un Monte-Cristo.
PILAR. Ni los pesares le abaten
ni le asustan los peligros.
ANGEL. Qué han de asustarle.
PILAR. Yo adoro
esos hombres de granito.
DÁM. Quieres callarte, criatura?
ANGEL. Á mí me pasa lo mismo.
ELISA. Y á mí.
MARTIN. Pues voy á decirle
que cambie de domicilio,
pues ya veo que á los tres
os va hacer perder el juicio.
DÁM. Vaya usted.
ELISA. De ningun modo;
pues por graves que hayan sido
sus faltas, no es conveniente
que usted le niegue un asilo.
¡Qué dirian!
PILAR. (A Angel.) (Le defiende
con un calor!...)
ANGEL. (Idem.) (Es su primo.)
MARTIN. Manda que arreglen un cuarto.
(Elisa se marcha.)

ESCENA VIII.

DOÑA DÁMASA, D. MARTIN, PILAR, ÁNGEL.

DÁM. Yo desapruebo...
PILAR. Está dicho:
don Pablo debe quedarse
en la casa de su tio.
ANGEL. Eso lo comprende un tonto.
DÁM. ¿Es alusion?
ANGEL. No he querido...
(Esta señora es mas ágria,
que la corteza de un níspero.)
MARTIN. Podemos ir escribiendo (Á Doña Dámasa.)
las cartas que me ha pedido
para Burgos.
PILAR. ¡Para Burgos!
DÁM. ¿Á qué viene ese suspiro?
no está convenido acaso...
PILAR. Si, tia; está convenido.
MARTIN. (No será malo que dé
un buen consejo á este chico.)
(Llevándoselo aparte.)
DÁM. Debo prevenirla en caso...
(Llevándose aparte á Pilar..)
MARTIN. Por Dios, no te hagas amigo
de Pablo, porque... (Le habla.)
DÁM. No quiero
que hables con ese marino.
MARTIN. Y como un loco hace ciento...
PILAR. No es mi genio tan arisco...
MARTIN. Confio en tu discrecion.
DÁM. Conque Pilar, cuidadito.
Vamos? (Á Martin.)
MARTIN. Estoy á sus órdenes.
DÁM. Ni siquiera un monosílabo.
(Volviendo á Pilar.)

ESCENA IX.

ÁNGEL, PILAR.

PILAR. No vi tal miedo jamás.
ANGEL. ¿Dónde estan los hombres buenos
si este?...
PILAR. No le tendré en menos.
ANGEL. Yo le tendré en mucho mas.
PILAR. Podrá causarnos temor
ya una sombra, ya un insecto,
no un hombre cuyo defecto
consiste en tener valor.
ANGEL. Pues, su denuedo es notorio.
PILAR. Por eso tan solo inspira
interés... encanta... admira.
ANGEL. (¡Quién fuera un don Juan Tenorio!)
PILAR. No me hable usted de un muñeco
ajeno al mundo y al ruido.
ANGEL. Qué he de hablar. (Yo no he salido
de la villa de Rioseco.)
PILAR. ¡Qué mujer en su memoria
archivará entusiasmada
una página arrancada
de su insustancial historia!
ANGEL. Me crispa el oscurantismo
que encuentro aqui desde ayer.
PILAR. Tambien á mí.
ANGEL. (¡Qué placer!
pensamos los dos lo mismo.)
¿Por qué basar la virtud
que tanto el vulgo remonta
en una obediencia tonta,
en una necia quietud?
¿No es arrastrar por el lodo
la autonomía, decir:
de tal modo has de vivir,
te has de casar de tal modo?
PILAR. Si señor; pues como es justo
la mujer de buen sentido
quiere elegir.

ANGEL. Y el marido
quiere casarse á su gusto.
PILAR. Á veces... buscando mal
se halla un novio inteligente...
amable...
ANGEL. Precisamente,
da uno con su ideal.
PILAR. Y cuando dos almas son
hermanas...
ANGEL. Quien las desune...
PILAR. Ó un sacerdote las une...
ANGEL. Ó hay al punto una explosion.
PILAR. Si señor, un cataclismo.
ANGEL. Pero natural y justo.
PILAR. ¡Pues no ha de serlo.!
ANGEL. (¡Qué gusto!
pensamos siempre lo mismo!)

ESCENA X.

DICHOS, PABLO á dos marineros que atraviesan el forillo con equipajes.

PABLO. Adentro, adentro.
ANGEL. ¡Ola! Pablo.
PABLO. ¿Qué tal sigue ese valor?
futuro pariente!
ANGEL. Hablaba
de usté ahora.
PILAR. Tambien yo.
PABLO. Gracias.
ANGEL. Su presencia aqui...
PABLO. Recuerda la de un alcon
entre un bando de palomas.
ANGEL. Usté inspira buen humor.
PABLO. Es que yo guardo las penas
dentro de mi corazon
para que nadie las cuente.
¿Con qué objeto? Ayer como hoy
lo que mas hastia al hombre
es el ajeno dolor.
ANGEL. Pues su rostro no demuestra...

PABLO. Porque lo ha curtído el sol;
aunque asi no fuera, el rostro
es la careta mejor.

ANGEL. ¡Que filósofo! (Ap. á Pilar.) ¡Ay! amigo,
se queja usted sin razon.
Usté al menos ha viajado,
ha visto hombres de color,
se ha encontrado en aventuras
dignas del capitan Kook.

PABLO. Eso sí, tan pronto haciendo
negocios en Mogador,
como cambiando andanadas
con un corsario veloz;
ya declamando á una armenia
mi volcánica pasion,
ó ya en medio del desierto
que la Biblia engrandeció,
buscando inquieto las huellas
de Moisés y de Jacob;
aqui saludando á Tebas,
allá llorando á Sion,
en una flor admirando
las galas del Ecuador,
ó en la márgen del Mar-Muerto
viendo el enojo de Dios,
ya en compañia de un príncipe,
ya solo y sin proteccion,
he rodado cual la piedra
que el torrente destructor
va llevando entre las aguas
de su corriente veloz.

ANGEL. ¡Y se queja usted aun!
Cuánto no daria yo
por haber visto siquiera
el Sinaï, el Tabor,
el Eufrates...

PABLO. (Está loco?...)

PILAR. ¡Con qué profunda atencion
se escucharian sus viajes!

PABLO. Seria usted una figura
gigantesca, en tanto que hoy
solo es un pigmeo.

ANGEL. ¡Oh! ¡rabia!
PABLO. Diré á ustedes...
ANGEL. Si, señor;
soy un pigmeo á su lado;
me lo dice mi razon.
En tanto que usted viajaba
desde Berin al Ferrol,
allá en la trastienda oscura
de un oscuro poblachon,
pária vestido de hortera
cuentas ajustaba yo,
sin preever que destruian
las cuentas mi inspiracion,
como destruye la abeja
el perfume de una flor.
PABLO. (¡Pobre Elisa!)
PILAR. (Pobre jóven,
casarle ahora, ¡qué horror!
hubiera sido un prodigio.)
ANGEL. ¡Suerte cruel! Solo Dios
sabe el odio que profeso
á la patria que me vió
andar como una tortuga
y vivir como un huron.

ESCENA XI.

DICHOS, ELISA.

ELISA. ¡Es posible!
ANGEL. (Ábrete, abismo.)
PILAR. ¿Á quién no gusta viajar?
dice muy bien.
ANGEL. Yo y Pilar
pensamos siempre lo mismo.
ELISA. Encuentro poco cortés...
En Rioseco nació,
y no debe...
ANGEL. Usted y yo
pensamos siempre al revés.
ELISA. Cómo ha de hallarse entre el ruido
del mundo, la dulce calma

que alegre disfruta el alma
allí donde hemos nacido?
No hay nada por ser ya viejo
ajeno á nuestra memoria,
esto recuerda una historia,
aquello nos da un consejo.
El labriego de faz ruda,
al vernos sonrie ufano,
otro nos tiende su mano,
el de mas allá saluda.
Un anciano con cariño
al suave amor de la lumbre,
nos refiere por costumbre
nuestras locuras de niño,
y algun niño enredador
que la mercurial se aplica,
en otro rincon critica
al antiguo historiador.
Si salimos, aqui ostenta
su copa un árbol tranquilo,
que nos ofreció un asilo
al empezar la tormenta.
Allá una cruz solitaria
y perdida en la espesura,
nos recuerda la ternura
de una primera plegaria.
Mas allá, en fin, protegido
por un muro blanqueado,
guarda un terreno sagrado
los deudos que hemos perdido.
Si entramos en nuestro hogar
hallamos un ser que aguarda...
un padre viejo á quien tarda
el podernos abrazar...
Y aquel profundo cariño
que su faz publica á voces
es el mayor de los goces
que sabe ofrecer el mundo.

ANGEL. Si, pero...

PABLO. (Muy conmovido.) Tiene razon,
y el que en esto no conviene
es un buque que no tiene

ni brújula ni timon.
¿Qué corazon está mudo
ante la imágen querida?...
Hay recuerdos en la vida
que son un puñal agudo.
Fué tu bosquejo tan bueno...
que me sentí zozobrar

ELISA. ¡Pablo!...

PABLO. Fué un golpe de mar,
no temas, ya estoy sereno.

PILAR. Lo celebro... y ya que pasa
la nube, no acabe el dia
en la inaccion.

PABLO. Alegria
hasta que se hunda la casa.

ANGEL. Pues no habrá quien nos ataje;
estoy hecho un polvorin,
un torbellino.

ELISA. Al jardin...

PILAR. Al salon.

PABLO. Al abordaje.

(Indicacion por todos de marcharse.)

ESCENA XII.

DICHOS, DOÑA DÁMASA

DÁM. Alto.

PABLO. (Ya pareció aquello.)

DÁM. Antes de que den las cuatro,
que es lo hora de la comida,
vámonos á ver á un santo
varon, que fué capellan
de las Huelgas.

PILAR. Si está malo.

DÁM. Él nos dirá...

PILAR. Si no habla.

DÁM. Al oir...

PILAR. Si se ha quedado
sordo como un marmolillo.

ANGEL. No está ahora para encargos.

PABLO. Qué ha de estar, si antes de vísperas

le llevan al campo santo.

DÁM. Pasaron los inocentes.

PABLO. Debe hacer bastantes años.

PILAR. Si no me deja vivir.
(Á Elisa, que la acompaña por el forillo.)

ELISA. Hay que conformarse... (Idem.)

DÁM. Vamos.

PABLO. Lástima que en estos mares
no se cacen focas.

DÁM. (¡Vándalo!)

ESCENA XIII.

ANGEL, PABLO.

ANGEL. Ya se nos ahogó la fiesta.

PABLO. Si, señor; encalló el barco.

ANGEL. Martirizar á una niña
tan dócil!...

PABLO. Es un pecado.

ANGEL. ¡Qué Pilar! amigo mio;
¡qué Pilar!

PABLO. La elogia en vano,
pues la dulzura de Elisa...
(Se pasea preocupado.)

ANGEL. ¿Reparó usted en sus labios?
Aquellas sonrisas matan. (Idem.)

PABLO. Cuanto dice es digno, es santo...

ANGEL. ¿Cómo sufrir junto á ella?

PABLO. ¿Quién no es crédulo á su lado?

ANGEL. Su gracia es un elixir.

PABLO. Y sus palabras un bálsamo.

ANGEL. ¡Qué chispa aquella!

PABLO. ¡Qué aplomo!

ANGEL. Mas... ¿de quién habla usted?

PABLO. Hablo
de Elisa.

ANGEL. Y yo de Pilar.

PABLO. Pues no hay punto de contacto.
Pilar es una goleta
mal guindada; y si es el casco...

ANGEL. No hablamos aqui de buques...

PABLO. Ya la he conocido el flaco;
créame usted, Angelito,
hay barruntos de naufragio...
ANGEL. Pues yo voy á convencerle...
(Cogiendo una silla para sentarse.)
PABLO. Y yo á probarle en el acto...

ESCENA XIV.

DICHOS, D. MARTIN.

MARTIN. Angel.
ANGEL. (Jesus, qué martirio!)
MARTIN. Entra al punto en el despacho.
ANGEL. Estoy ocupado ahora...
(Volviendo á coger la silla para sentarse.)
MARTIN. ¿Y las cartas de Bilbao?
ANGEL. Voy á concluir... (Idem.)
MARTIN. ¿Y el giro
para Medina del Campo?
ANGEL. Si le digo á usted...
MARTIN. Las cartas
no pueden sufrir retraso.
ANGEL. Don Martin.
MARTIN. Voy por las letras.
ANGEL. Don Martin.
MARTIN. Vuelvo en el acto.
(Sale por el fondo)
ANGEL. No me escucha... si esto sigue
rompo con él y me marcho.
PABLO ¿Qué dice usted?
ANGEL. Yo me entiendo:
aunque sufrido, no tanto. (Se marcha.)
PABLO. Segun voy viendo hasta ahora
está muy revuelto el charco.

ESCENA XV.

PABLO, ELISA.

ELISA. ¿Y Angel?
PABLO. En el escritorio
ha entrado en este momento
con mas asco y mas tormento
que ánima en el purgatorio.
ELISA. ¿Y á qué lo atribuyes, Pablo?
PABLO. Á que tu novio es un hombre
que tiene cambiado el nombre;
debiera llamarse diablo
en vez de Angel. Infiero
que nuevos proyectos fragua.
ELISA. No atino...
PABLO. El buque hará agua
al salir del astillero.
ELISA. Yo no puedo creer...
PABLO. La lona
manda en tu buque aferrar,
y déjale navegar
desde una zona á otra zona,
pues ni aqui, ni en el Perú,
ni en cuanto el deseo alcanza,
ha de encontrar su esperanza
mujer mas bella que tú.
ELISA. Calla por Dios.
PABLO. Ay, Elisa,
despues de tanta tormenta
déjame que aspire y sienta
una cariñosa brisa.
Eres el único ser
que no puede odiarme.
ELISA. (Conteniéndose) ¡Odiarte!...
PABLO. Lo sé: por eso al mirarte
siento yo tanto placer.
Tu voz mi rencor amansa;
nunca de oirte estoy harto...
jamás...

ESCENA XVI.

DICHOS, D. MARTIN, con papeles en la mano.

MARTIN. Allí está tu cuarto,
descansa. (Le indica el foro derecha.)
PABLO. Tio...
MARTIN. Descansa...
(Pablo se queda mirando desde la puerta del foro.)
(El diablo le trajo aqui;
pero me hallo entre los dos .)
(Mirando á su hija desde la puerta del despacho.)
ELISA. (Dejándose caer sobre una silla.)
Amaba á ese hombre... y Dios
le ha separado de mí.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

ELISA, PILAR entrando por el foro.

PILAR. Estás mala?
ELISA. Me entristece
ese cúmulo de historias
que cuenta Pablo.
PILAR. Pues Pablo
las refiere y las adorna
de tal modo, que ni vistas
conmovieran tanto. Todas
revelan una alma grande,
brava, noble, generosa...
Ángel y yo le escuchábamos
con una paciencia...
ELISA. Estóica,
bien os he visto, y no obstante,
en sus palabras rebosa
un pesar que se transmite,
que oprime el alma, que ahoga...
PILAR. ¿Habrá amado?
ELISA. Asi lo creo.
PILAR. ¡Y conociste á su novia!

ELISA. Fué mi amiga de la infancia.
PILAR. ¡Era... bonita!
ELISA. Era hermosa.
PILAR. Dime algo mas...
ELISA. Otro dia.
PILAR. Por Dios, cuéntame esa historia.
ELISA. Te entristecerá.
PILAR. Por eso
deseo saberla ahora.
Amor que empieza en la calle
y que acaba en la parroquia,
ni para contado es bueno;
pero el que lucha con loca
temeridad; el que vive
en solitarias mazmorras,
ó bien en desiertos campos,
deleita, conmueve, asombra.
Siéntate pues, y dispénsame
el que sea tan curiosa.

ESCENA II.

DICHOS, ÁNGEL.

ANGEL. Doña Dámasa ha impedido
que terminara: ¡ya es obra!
se pone mala cuando oye
aventuras peligrosas.
PILAR. ¿Qué ha sido ello?
ANGEL. Que Pablo
recorria una colonia
africana con dos árabes
de fidelidad dudosa;
harto de pisar arenas,
ahogado por una atmósfera
insoportable, hizo alto
al pie de un grupo de rocas
graníticas; el cansancio
de una jornada enojosa,
fué en sueño dulce y tranquilo
convirtiendo su zozobra.
Cuando despertó, la noche
cubria triste y medrosa

aquel desierto; los árabes,
para aplacar á Mahoma,
habian huido llevándose
montura, equipaje y bolsa...

PILAR. ¡Miserables!

ANGEL. Por fortuna
le quedaban dos pistolas;
con ellas y con su arrojo
empezó á cruzar las sombras.
De pronto se oye el rugido
de un leon, y dos antorchas
fosforescentes indican
que viene la fiera indómita.

PILAR. Á que hubiera usted querido
hallarse allí.

ANGEL. No señora...
es decir... á media leguâ...
pero volviendo á mi historia:
Pablo imitando á Gerar
prepara sus armas, dobla
la rodilla y sin moverse
aguarda á la fiera...

PILAR. ¡Hermosa
situacion!

ANGEL. Aquella ruge,
se acuesta en el polvo, azota
y despedaza la arena
con su garra poderosa;
en fin, cuando va á lanzarse
sobre Pablo... se acongoja
su tia de usted y vierte
dos cremas y tres compotas.

PILAR. Ay, ¡Dios mio! voy volando...

ELISA. Sales hay sobre mi cómoda.

ESCENA III.

DICHOS, PABLO, despues D. MARTIN.

PABLO. Con mi pipa la he devuelto
el uso de la palabra;
ya está buena.

PILAR. ¿Con la pipa?
PABLO. Su olor resucita y mata.
MARTIN. Tu tia desea hablarte.
(Pilar se marcha.)

ESCENA IV.

DICHOS, menos PILAR.

PABLO. ¡Qué señora doña Dámasa!
En el mar hay arrecifes,
tintoreras y borrascas,
pero no tias incómodas.
Todas tienen miedo al agua.
MARTIN. Como tú has vivido siempre
sin lazo alguno... sin ramas...
desconoces la familia.
ANGEL. Es que hay muchas que empalagan.
(Encendiendo un cigarro.)
MARTIN. La frase es dura.
ANGEL. Y tan dura;
pero está bien aplicada.
MARTIN. Angel.
PABLO. (Sentándose.) (El novio se porta.)
ANGEL. Don Martin, los hechos hablan.
No hay un hijo de familia
que pueda extender sus alas
con libertad. Si entró tarde,
si salió muy de mañana,
si saludó á la doncella,
si se distrajo en las máscaras,
si tosió al amanecer,
si tiene la voz tomada,
todo el mundo le interroga
y le sondea y le cansa;
el padre frunce las cejas,
la abuelita vierte lágrimas,
el médico se estremece,
cuchichea la criada,
y padre, criada y médico
redoblan su vigilancia.
MARTIN. Bien, Angel, bien; se conoce

que te gusta mi Peralta. (Riendo.)

ANGEL. Puede usted creer...

MARTIN. Te permito
que desbarres á tus anchas,
que eches por los cerros de Úbeda.

ANGEL. Don Martin...

MARTIN ¿Á qué no hablabas
de esa manera á tu novia?
En brazos de la esperanza,
los dos jóvenes y ricos,
crédula y tranquila el alma,
cien proyectos de ventura
para el porvenir formabais.

PABLO. (¡Pobre señor!)

ANGEL No por cierto.

MARTIN. Me lo dicen vuestras caras,
vuestra emocion...

ELISA. Pero, padre...

MARTIN. Eso tampoco me extraña,
que tambien formé proyectos
con tu madre que Dios haya;
pero en fin, no os apureis,
porque dispuesta la casa
y evacuadas las primeras
diligencias eclesiásticas,
creo que podreis casaros
mañana mismo.

ANGEL ¡Mañana!
no me parece prudente.

MARTIN. Ya sabes que á bodas largas...

ELISA. Yo no he convidado á nadie.

MARTIN. Pues escribe sin tardanza
á las personas que quieras;
te doy facultades ámplias.

ANGEL. Aun no han traido los trajes
que mandé hacer...

MARTIN. Quién repara...

ANGEL. Pero, señor, es posible...

MARTIN. ¿Qué es eso? vuelve el Peralta...
Mira, haces reir á Pablo.

ANGEL. Como que usted me rebaja
á sus ojos.

MARTIN. (Con dignidad.) Á sus ojos
cuanto hago por tí, me ensalza,
pues le recuerda una madre
que con ternura extremada,
allá en tiempos mas felices,
le amó tambien: por desgracia
murió sin que floreciesen
sus mejores esperanzas.
Entre mis papeles creo
que guardo su última carta.

PABLO. Búsquemela usted.
(Levantándose y con mucha emocion.)

MARTIN. Hoy mismo.

PABLO. Será una herencia sagrada.

ELISA. ¿Por qué has de leer...

PABLO. Porque hay penas
que purifican el alma.
Hasta luego: necesito
pasearme por la playa.

ESCENA V.

DICHOS menos PABLO.

ELISA. Á qué viene entristecerle...

ANGEL. ¿Quién no ha cometido faltas?

MARTIN. Todos; pero unas se olvidan
y otra son como las plantas;
que echan mas hondas raices
cuando estan mas enterradas.
Pero dejemos á Pablo
y empieza á escribir tus cartas
de convite. Voy á ver
qué es lo que hace doña Dámasa.

ANGEL. Espere usted, Elisita...
Don Martin cuatro palabras.

MARTIN. No te detengas. (Elisa se marcha.)

ESCENA VI.

D. MARTIN, ÁNGEL.

MARTIN. ¿Qué es ello?
ANGEL. (No hay remedio; pecho al agua.)
Don Martin, el lance es grave...
No he salido de mi casa,
no conozco el mundo, y temo
cometer por ignorancia
una locura...
MARTIN. Pero Angel,
¿qué tienes hoy? ¿qué te pasa?
ANGEL. ¿No seria conveniente
que fueramos dando largas
á mi boda?
MARTIN. ¿Y para qué?
ANGEL. Creo que Elisa no me ama.
MARTIN. Pues señor, franqueza exijo
ya que de franquezas hablas,
¿eres tú el que no la quieres?
ANGEL. Lo que es yo... con toda el alma...
MARTIN. Pues á qué vienes entonces
con repulgos de empanada.
ANGEL. Pero si hay dificultades...
MARTIN. El tiempo todo lo allana.
ANGEL. Á veces no simpatizan
los genios.
MARTIN. Los genios cambian.
ANGEL. Y si despues ..
MARTIN. Habrá vástagos...
ANGEL. Nos horrorizan...
MARTIN. Sus gracias...
ANGEL. Los lazos...
MARTIN. De regocijo
llenarán vuestras dos almas.
ANGEL. La libertad...
MARTIN. ¿Quién te impide
que la tengas en tu casa?
ANGEL. Pero si esclavo me encuentro...
MARTIN. No hay esclavos en España.

ANGEL. Con que persiste... (Con dulzura.)
MARTIN. Persisto.
(Dándole una palmadita en el hombro.)
ANGEL. ¿Y he de casarme?...
MARTIN. Mañana.
ANGEL. Piénselo usted bien...
MARTIN. Es cosa
que tengo ya muy pensada.
ANGEL. Pues yo creo...
MARTIN. ¡Jesus, hombre!
tanta reflexion me cansa.
Respondo de los perjuicios. (Se marcha.)
ANGEL. Yo no respondo de nada.

ESCENA VII.

DOÑA DÁMASA, PILAR, ÁNGEL.

DÁM. ¡Conque no ha de pasar dia
sin que violes nuestros pactos,
sin que apellides mis actos
riqueza de tiranía!
ANGEL. (Otra víctima.)
DÁM. Si azote
es mi genio, ¿por qué buena
procuro aliviar tu pena
regalándote una dote?
PILAR. En el siglo fuera leve
para mí toda amargura,
pero en el claustro...
DÁM. ¡Se apura
por el siglo diez y nueve!
Siglo sin dicha y sin calma
en que el hombre de mas brillo
guarda el alma en el bolsillo
ó el bolsillo allá en el alma.
ANGEL. ¿Y destina á la clausura?...
PILAR. Si señor.
DÁM. Ya está dispuesto
cuanto hace falta, por esto
se acongoja.
ANGEL. ¡Qué locura!
DÁM. Inmensa, mas quiso el diablo

que fuera á Madrid, que suelta
andubiese y que á la vuelta
se encontrase aqui con Pablo;
allá un cuento, acá una broma;
ya un rigodon, ya un cumplido
insidioso han convertido
en alcotan la paloma;
pero cortaré por malas,
ya que tal guerra me dan,
las uñas al alcotan
y á la paloma las alas.

ANGEL. Señora...

DÁM. Sabe harto bien
que nunca cedo á un capricho;
ha de hacerse lo que he dicho,
lo que está dispuesto.

PILAR. Amen.

DÁM. Sola con usted la dejo.

ANGEL. ¡Conmigo!

DÁM. Al jardin me voy,
y al irme segura estoy
que sabrá darla un consejo.

ANGEL. Usted me honra por demas...
pero soy tan poco ducho...

DÁM. Angel, usted vale mucho.
(Con intencion marchándose.)

ANGEL. (Está dada á Barrabás.)

ESCENA VIII.

ÁNGEL, PILAR.

PILAR. ¿Conque usté enseñarme debe
(Con coqueteria.)
la senda de mi calvario?

ANGEL. ¿Yo, Pilar?...

PILAR. Si es necesario
procure usted ser muy breve.

ANGEL. ¡Á mí, que maldigo el yugo
que mi porvenir amaga!
á mí! me piden que haga
el oficio de verdugo.

PILAR. Yo sé que si doy un paso
hácia el claustro, en el camino
me quedo.

ANGEL. Pues yo adivino
que muero al mes si me caso.

PILAR. Nada impide que recobre
su independencia de ayer;
pero yo no, soy mujer
y ademas huérfana y pobre,
de modo que un noble celo
pone con saber profundo
entre mis ojos y el mundo
los anchos pliegues de un velo.

ANGEL. (Esto parte el corazon.)
Aunque sus deudos no cedan
respire usted, pues la quedan
mi afecto y mi proteccion.

PILAR. En vano ..

ANGEL. Ya que infelices
nos hizo un injusto fallo,
reanimen un solo tallo
nuestras dos mustias raices.

PILAR. Cuanto dice usted me admira...

ANGEL. No comprende mi tormento...
no adivina el sentimiento
indecible que me inspira.

PILAR. Cállese usted por favor.

ANGEL. Por mas que me mire absorta,
ya mi pecho no soporta
la intensidad de este amor...

PILAR. No sea usted temerario.

ANGEL. Pilar!...

PILAR. Su empeño me arredra.
Calle usted ..

ANGEL. Yo era la piedra,
usté el hábil lapidario,
y tan bueno fué el martillo
de sus ojos, que al momento
dió á su fondo sentimiento
y á su superficie brillo;
de modo que el comerciante
ayer temeroso y blando,

es hoy un Cid, un Orlando,
un prototipo de amante.

PILAR. ¿Y Elisa?

ANGEL. Sé que es muy bella,
mas sin razon conocida,
me desprecia, y yo mi vida
nunca he de enlazar con ella.

PILAR. No debo á su casamiento
oponerme...

ANGEL. ¿Cómo?

PILAR. En vano
suplica.

ANGEL. ¿Con que mi mano
la asusta mas que el convento?

PILAR. Se engaña, y Dios es testigo
de que no tengo ni asomo
de rencor.

ANGEL. Entonces ¿cómo
me aprecia?

PILAR. Como á un amigo:
mas no refiera.

ANGEL. Jamás...
¿Y en apreciarme halla encanto?

PILAR. No me pregunte usté tanto. (Bajando los ojos.)

ANGEL. Añada usted algo mas.

PILAR. ¡Qué mania!

ANGEL. Es un capricho.
¿Siente usté al verme?...

PILAR. Rubor...
y alegria...

ANGEL. Eso es amor.

PILAR. Qué locura.

ANGEL. Usted lo ha dicho.

PILAR. (Muerta estoy...)

ANGEL. Y ya presiento
en estos dulces instantes,
que á todo accederé antes
que en dejarla ir al convento.

PILAR. ¿Pero qué hacer?

ANGEL. No adivino
cómo salir del apuro,
mas tenga usted por seguro

que Dios abrirá camino.

PILAR. No abuse de mi confianza.

ANGEL. Por esos ojos tan bellos
juro... (Besa una mano de Pilar.)

PILAR. ¡Ángel!!

ANGEL. Pongo sellos
á nuestra nueva alianza.

PILAR. Suélteme usted.

ANGEL. Se abriria
siendo los sellos escasos,
duplicaré...

PILAR. Se oyen pasos...

ANGEL. El último ya.

PILAR. (Huyendo.) Mi tia.

ESCENA IX.

DOÑA DÁMASA, ÁNGEL.

DÁM. ¿Qué tal?

ANGEL. Preparada queda.

DÁM. ¿Escuchó sus reflexiones?

ANGEL. Con otro par de lecciones
se pondrá como una seda.

DÁM. Cuesta ablandar una roca;
mas como lo dije, es ducho,
prudente, juicioso...

ANGEL. Mucho.
(Esta señora está loca.)

DÁM. En fin, su eficacia alabo.

ANGEL. (No sé como ahogar la risa.)

DÁM. ¿Pilar?...

ANGEL. Está con Elisa.

DÁM. Voy á remachar el clavo.

ANGEL. Inútilmente se afana
puesto que el juicio recobra.

DÁM. Por eso, acabo su obra,
y nos marchamos mañana.

ESCENA X.

ÁNGEL, despues PABLO.

ANGEL. ¡Mañana! Es indispensable
que corra al momento en busca
de un mediador, de un tercero
que en pró de mi causa arguya.
Á tiempo llega.
PABLO. Me hastio
en todas partes.
ANGEL. Hay dudas...
hay compromisos qne exigen
un buen consejo.
PABLO. Yo nunca
supe darlos.
ANGEL. Su franqueza
y su carácter me gustan;
ademas, es veterano
y yo inexperto recluta.
Con que me hará un gran servicio
si me protege y me escucha:
yo no pensaba en casarme
sino en labrar mi fortuna,
cuando su apreciable tio
me propuso una coyunda.
Los consejos de mi padre
por un lado, y la pintura
que hizo don Martin en casa
de mi cónyuge presunta
me decidieron; llegué...
PABLO. Y ni su novia le gusta
como esperaba, ni Elisa
le encuentra á bastante altura.
ANGEL. Por desgracia; mas no es este
el origen de mi angustia.
Señor don Pablo, aqui mismo
se encuentra una criatura
que me inspira una pasion
tan tierna como profunda.
PABLO. La goleta.

ANGEL. Es mi embeleso.
PABLO. ¿Y ha respondido?...
ANGEL. Sin duda.
PABLO. ¿Y en su matrícula fia?
ANGEL. Me hace usted unas preguntas...
PABLO. En fin... ¿desea embarcarse?
ANGEL. Aunque el universo cruja.
PABLO. Pues amigo, me parece
que no hallará lo que busca,
porque el buque va sin lastre
y usted camina sin brújula.
ANGEL. Su experiencia y sus consejos
me sacarán con fortuna.
PABLO Se mete usted en un golfo
del cual no se sale nunca.
ANGEL. No importa; hable usté á su tio
y convenza á mi futura,
pues queriéndome Pilar
lo demas poco me asusta.
PABLO. Está bien, y sin embargo
casi parece una burla
que sea yo. . yo el proscripto...
yo á quien desprecian sin duda...
ANGEL. Mucho me aflige...
PABLO. Es la suerte;
usted no, la suerte injusta
que niega á unos lo que otros
huellan con su planta impura.
ANGEL. No piense usted que desprecio...
PABLO. ¡Despreciar á Elisa!
ANGEL. Nunca...
PABLO. No puede usted comprenderla
y eso solo le disculpa.
ANGEL. Demuestra usted un afecto...
PABLO. Por la mano que rehusa,
con el mar embravecido
viviera en perpétua lucha.
¿Qué importa que el viento zumbe
ni que el aparejo cruja,
sí cual iris de bonanza
la imágen que el alma busca
aplaca el viento, y disipa

en lontananza las brumas?

ANGEL. Pues cediendo yo, ¿qué estorbo?...

PABLO. No basta amar con locura,
es preciso ser amado,
y yo no lo seré nunca,
pues si alguna mujer trata
de destruir la clausura
de mi corazon, tropieza
con los bordes de una tumba.

ANGEL. (¡Qué gran historia! Este hombre
es la encina y yo la oruga.)

PABLO. En fin, solo por Elisa
romperé sus ligaduras,
mas cuando en el occeano
de sus quimeras, se hunda
cual sol que corre á su ocaso
la antorcha que le deslumbra,
no culpe usted mi amistad
ni mi fraternal ayuda.

ANGEL. Pablo, jamás.

PABLO. Está bien.

ANGEL. Pero esto exige premura.

PABLO. Voy á decir á mi tio
que le extienda la absoluta.

ESCENA XI.

ANGEL.

¡Y hay en casa quien se asombre
porque ha dado una caida!
Aunque me cueste la vida
yo seré como ese hombre.
Intrépido, noble, fiel.
El cielo me lo envió:
¿cómo han de decir que no
queriendo apoyarnos él?
Al contemplarnos de hinojos
pidiendo perdon, los brazos
serán cariñosos lazos
y claras fuentes los ojos.
¡Qué cuadro! Ya en él agota

su gracia el arte; quisiera
que su aparato trajera
un fotógrafo de nota.

ESCENA XII.

ANGEL, ELISA, PILAR.

ELISA. ¿Quiére usted leer esta lista?
ANGEL. Yo creo que no es urgente.
PILAR. Si hubiese un inconveniente...
ANGEL. Si faltara la modista...
ELISA. Ruego á usté...
ANGEL. (No le hace mella.)
(Guardándose la lista.)
La leeré por don Martin.
(Baje usted pronto al jardin,
pues tengo que hablar con ella.)
(Ap. á Pilar.)

ESCENA XIII.

ELISA, PILAR.

PILAR. ¿Pero amas á tu futuro?
ELISA. Le aprecio.
PILAR. Y basta apreciarse...
ELISA. Cuando es preciso casarse
sobra ese dato inseguro;
pues la costumbre y la edad
doman el corazon loco
y transforman poco á poco
el aprecio en amistad.
PILAR. Mas tu suerte ante la luz
de la razon, ¿no te aterra?
ELISA. Las dos, Pilar, en la tierra
tenemos que llevar cruz.
Tú en la vivienda callada
de un apacible convento,
y yo de mi casamiento
por la pendiente escarpada.

Tú velando por un nombre,
y yo velando por dos.
Tú sierva humilde de Dios,
yo esclava triste de un hombre
Tú á Dios con rezos prolijos
implorando por el mundo,
y yo con dolor profundo
pidiendo á Dios por mis hijos.
Tú siempre animosa y fuerte,
yo tal vez siempre afligida,
tú marchando hácia la vida,
yo caminando á la muerte.
Tú llevándotelo todo;
y yo sin llevarme nada,
tú querida, yo olvidada,
tú en el cielo, yo en el lodo.
Conque contempla á la luz
de la razon que nos guia,
si comparada á la mia
no es mas hermosa tu cruz.

PILAR. No niego su bondad suma,
pero veo con asombro,
que antes de tocar mi hombro
ya con su peso me abruma.
¡Cuánto sermon importuno!
¡Cuánto consejo evangélico!
¡cuántas penas! Cuanto histérico
causado por el ayuno.
Siempre cantando en latin
ó con mandíbulas flacas
comiendo las espinacas
que cuidan en el jardin;
ó ya para distraccion
rimar malos villancicos
ó construir acericos
y cunitas de algodon.

ELISA. Madre ya, el destino adusto...

PILAR. Pues mira, por bien que cuadre
ese epíteto de madre,
es lo que hallo mas injusto;
porque trae sin querer
á nuestra imaginacion,

la idea de la mision
mas santa de la mujer.
¡Tú si que serás dichosa!
ya en los bailes, ya viajando
ó ya por Madrid llevando
una prole numerosa.

ELISA. Te engañas.

PILAR. Mejor quisiera
cuidar varios chiquitines
que estar cantando maitines
ante una efigie severa.
Pero me encuentro cercada
y de salir no hallo modo.

ELISA. ¿Quién sabe?...

PILAR. Para tí todo
y para tu amiga nada.

ELISA. Pronto el amargo despecho
que enojoso te contrista,
se calmará, si tu vista
penetrase hasta mi pecho.

PILAR. ¡Qué es lo que dices!

ELISA. Yo escondo
mi dolor cuanto mas fuerte,
como los lagos la muerte
halla en su invariable fondo.

PILAR. ¡Es posible!

ELISA. Y cual la brisa
anima su borde insano
al ondular, engalano
mi pena con mi sonrisa.
Asi el mundo indiferente
que no ve la cuita ajena
mira y dice: agua serena,
quién siguiera tu corriente.

PILAR. Con dolor tan excesivo
de curiosidad me abrumas.
Tal vez...

ELISA. Aunque lo presumas
no preguntes el motivo.

ESCENA XIV.

DICHOS, PABLO en el foro.

PILAR. (No encuentro á mi tio.)
(Pablo baja lentamente sin que le vean.)
ELISA. Hablo
jugando de cosas graves.
¡Qué loca soy!
PILAR. Y no sabes
que os observo á tí y á Pablo...
ELISA. ¡Pilar!
PILAR. Soy mudo testigo
del afan... de la batalla...
ELISA. En nombre del cielo, calla.
PILAR. Tu amor...
ELISA. Morirá conmigo.
PABLO. No, Elisa.
ELISA. ¡Cielos! tú aqui...
PABLO. ¿Por qué tu color se muda?
estaba escrito sin duda
que escuchara lo que oí.
PILAR. No hay duda; tan solo el viento
tus palabras esparció.
Te dejo. (Al fin podré yo
amar sin remordimiento.)

ESCENA XV.

PABLO, ELISA.

ELISA. Pilar, detente...
PABLO. ¿Me privas
de tu presencia?
ELISA. Soñaba...
PABLO. Yo de nuevo acariciaba
cien esperanzas cautivas;
pero si tan loco empeño
solo ha de causar enojos,
sigan cerrados mis ojos
y sea este amor un sueño.

ELISA. Sueño .. mas no por virtud,
pues confieso que te amaba.
Cuando para mí empezaba
la primera juventud...

PABLO. Me amabas...

ELISA. Inquieta y loca;
pero otra mujer ponia
un velo ante mi alegria
y una mordaza en mi boca.

PABLO. ¡Y yo ignoré!...

ELISA. Mi querella
era inútil... ¿con qué objeto
revelar?... Yo tu secreto
guardaba á un tiempo con ella.
Te marchaste...

PABLO. Harto lo sé.

ELISA. Unido á mis dulces preces
mi afecto mil y mil veces
en pos de tus pasos fué...

PABLO. ¡Oh! Elisa, apenas me atrevo
á mirarte...

ELISA. Te buscó
por el mundo... te encontró
y aqui te trajo de nuevo...
pero ¡ay, Pablo! aunque profundo
no le fué dado absolverte
ni del fallo de la suerte
ni de la opinion del mundo.
Porque tus hechos se abultan,
se comentan, se publican,
y unos tus faltas critican
y otros tu memoria insultan.

PABLO. Yo haré que con mas respeto
hablen esos miserables.
¡Acaso son responsables
de las faltas que cometo!

ELISA. Sin embargo...

PABLO. No me arguyas;
pues con las faltas que infieren,
ó que dan por ciertas, quieren
hacer mas leves las suyas.

ELISA. Márchate sin que observar

el mundo este afecto pueda.
Márchate. Solo nos queda
á mí el llanto, á tí la mar.

PABLO. ¡Y cómo partir ahora
si despues de tanta lucha
doy con un ser que me escucha...
hallo un ángel que me adora!
¡Cómo partir!... ¡Si en el manto
del mar he de ver alzarse
tu mirada y reflejarse
el torrente de tu llanto!

ELISA. Que te amo harto lo ve Dios,
pero mi padre de fijo
resistirá...

PABLO. En vez de un hijo
consentirá en tener dos.

ELISA. Nunca sabrá comprenderte...
le conozco... le ofendiste,
Pablo mio...

PABLO. Si resiste,
luchar sabré hasta la muerte.

ELISA. Deliras...

PABLO. Aunque te asombre...

ELISA. Que mi pecho no taladre
el dolor.

PABLO. La hija es del padre,
pero la mujer del hombre.

ELISA. Ya tu cariño insensato
me asusta. Una ley mas blanda
interpongo.

PABLO. Dios lo manda,
y yo su precepto acato.

ELISA. No ves en tu ceguedad
que se opondrán de mil modos?

PABLO. Qué me importa. Impondré á todos
mi inflexible voluntad.

ELISA. ¡Oh! jamás.

PABLO. Mi madre un dia
nos unió en su corazon,
y solo su oposicion
hoy desunirnos podria.

ELISA. Quizá al pesar los motivos...

PABLO. Cuenta mis planes por ciertos,
porque ha muerto ya, y los muertos
no se alzan ante los vivos.
En cambio si un temerario
se opone... ¡que huya al instante,
porque el marino mercante
se convertirá en corsario!

ESENA XVI.

DICHOS, PILAR y ANGEL.

ANGEL. ¡Soberbio arranque!
PILAR. ¡Sublime!
¡arrebatador!
ELISA. ¿Qué es esto?
PABLO. Se aman tambien.
ANGEL. Con locura.
ELISA. ¡Pilar!...
PILAR. Mi falta confieso,
pero soy mas disculpable
desde que sé tu secreto.
ELISA. Ojalá que de mis labios
no saliera, pues ya veo
que todo el mundo padece
desde que se ha descubierto.
ANGEL. Qué disparate, á mis ojos
tiene usted mucho mas precio.
ELISA. Usted no ve los obstáculos
que se ofrecen...
ANGEL. Si por cierto;
mas á hombres como nosotros
qué puede causarnos miedo.
Para mí, Pablo es un héroe
y quiero seguir su ejemplo.
ELISA. Angel...
ANGEL. El Angel de ayer
es ahora un Masaniello,
capaz de hundir en el polvo
las cadenas de cien pueblos.
Ya que ha dado usted el grito (Á Pablo.)

que anhelaba mi deseo
es fuerza que todo el mundo
apoye el pronunciamento.
Se formará sin demora
una junta de gobierno.
¡Y ay de aquel que quiera echar
las reformas por el suelo!

ESCENA XVII.

DICHOS, DOÑA DÁMASA.

DÁM. ¿Las reformas?
PILAR. (¡Ay! ¡Dios mio!)
DÁM. Las reformas, caballero!
¡Y es usted quien las proclama!
Usted el hombre de peso,
la novena maravilla
y el comerciante modelo.
ANGEL. Yo.
DÁM. ¡Y confiaba al lobo
el inocente cordero!
PILAR. Tia...
DÁM. ¡Y le decia crédula
déle usted sanos consejos!
ANGEL. Señora, yo...
DÁM. Y el hipócrita,
el perjuro era maestro
de amor.
ANGEL. Si usted quiere oirme...
DÁM. Solo es digno de desprecio.
ANGEL. Pero si Pilar me ama
y Elisa no; si mi afecto
los lazos que ata la Iglesia
pide á los pies de himeneo;
si en fin su sobrina busca
hogar en vez de convento...
DÁM. Pero señor, ¿dónde estamos?
¡qué pasa! ¿desde qué tiempo
se falta á los compromisos,
se conciertan casamientos,

y se desbaratan planes
y se forman otros nuevos,
sin pedir á las familias
apoyo y consentimiento?

ANGEL. No se enoje usted y observe
que el suyo estamos pidiendo.

DÁM. Pues es inútil.

ANGEL. Señora,
por el honor de Rioseco.

DÁM. Déjeme usted en paz.

ELISA. Deploro
lo que sucede, mas creo
que casar á su sobrina
con Angel, fuera mas cuerdo
que poner entre los dos
las rejas de un monasterio.

DÁM. ¡Tambien tú! no lo creeria
si no lo estuviera viendo.

PABLO. Pero si Elisa me ama,
qué mal ha de haber en ello.

DÁM. ¡Elisa!!!

ELISA. ¿Cómo negarlo?

DÁM. ¡Jesus! la casa está ardiendo
y nosotros tan tranquilos
á dos pasos del incendio.
Don Martin? (Llamando.)

ELISA. Por Dios, señora,
no aumente usted el despecho
de mi padre.

DÁM. Don Martin?

ELISA. (Muerta estoy.)

ANGEL. (Ap. á Pablo.) Rompa usté el fuego.

ESCENA XVIII.

DICHOS, D. MARTIN baja lentamente, mira á Pablo con aire severo, trae una carta en la mano.

MARTIN. ¿Qué ocurre?

DÁM. Que un temerario
da campo á esperanzas nuevas

y ofrece palmarias pruebas
de ser un vil incendiario.
Bullen cien ideas locas,
el mal las almas fecunda,
y este rompe la coyunda
y aquella guarda sus tocas;
y Elisa quiere cambiar,
y quiere casarse Pablo,
y Angel convertido en diablo
roba del claustro á Pilar,
de modo que estos amores
al declararnos la guerra,
tratan de arrojar por tierra
nuestros proyectos mejores.

MARTIN. (Á Pablo.) ¡Cómo, tú! El culpable soy,
(Con dignidad.)
no debí volverte á ver.

PABLO. Tio...

MARTIN. ¿Qué hicistes ayer?
responde, lo que haces hoy.

PABLO. Que me juzgue mi conciencia.

MARTIN. No, el mundo.

PABLO. Ya me asombra...

MARTIN. Cubierto estás por la sombra
de tu pasada existencia.

PABLO. Pero si el amor...

MARTIN. Aparta.

PABLO. No he de poder sincerar...

MARTIN. Una carta fuí á buscar...
lee sin demora esa carta: (Se la da)
Léela y que sea fecunda
aunque tu pecho taladre,
porque la escribió tu madre
cuando estaba moribunda.
(Momento de silencio. Pablo abre la carta con mano trémula.)

PABLO. No sé qué siento en el alma...
Apenas mi pecho alienta.
¡Tan sereno en la tormenta
y tan cobarde en la calma!
(Leyendo.) «Cuando con hondo dolor
»contemples mi despedida,

»habré dejado esta vida
»por otra vida mejor.
»Perdido en el ancho mar
»un hijo tengo... Se fué...
»sollozando le llamé...
»nunca me quiso escuchar...
»Sin embargo, cuando niño
»mi corazon le amó tanto
»que no ha podido el quebranto
»dar la muerte á mi cariño:
»perdónale, pues, por mí,
»y como hallará desierta
»su casa, ábrele tu puerta
»si alguna vez vuelve aqui;
»mas la boda proyectada
»entre él y tu hija, espero
»que se deshaga, no quiero
»ver á Elisa desgraciada;
»pues el que olvida animoso
»tantos afanes prolijos,
»ni puede amar á sus hijos
»ni puede ser buen esposo.
»Que su afligida mirada
»busque sin cesar, y vea
»al pie de una triste aldea
»una madre abandonada;
»que piense en su escasa suerte,
»que oiga su voz dolorida,
»y ya que amargó su vida...
»que sepa llorar su muerte.»
(Pablo sollozando.) Si, lloraremos los dos.
(Momento de silencio.)

MARTIN. Cree que el último consejo,
es la sombra, es el reflejo
de la voluntad de Dios.

ELISA. Tu acerbo dolor me espanta.

PABLO. Mi error no tiene disculpa.
(Haciendo un esfuerzo para dominar su pena.)

ELISA. ¡Pablo!...

PABLO. Mi pasada culpa
entre los dos se levanta.
Bien dijiste: hay que olvidar

lo que el destino nos veda.
Desde hoy solo nos queda
á tí el llanto, á mí la mar.

ANGEL. (Consternado.) Y yo que esperaba ufano ..

PILAR. ¡Otro nuevo cataclismo!

DÁM. Á Burgos mañana mismo. (Á Pilar.)

PABLO. Yo, mañana... al Occeano.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Gabinete reducido, dos huecos en el fondo; el uno sin puertas comunica con el interior de la casa, el otro cubierto por una portier; sobre esta puerta se lee »despacho.» En el primer bastidor de la derecha, la puerta del jardin; en el segundo del mismo lado la del cuarto de Elisa. Es de noche. Angel se pasea agitado.

ESCENA PRIMERA.

ANGEL, despues JUAN.

ANGEL. Desde que la oposicion
ceder el campo me ordena
mas y mas crece mi pena,
mas se aumenta mi pasion. (Pausa.)
¿Mas por qué sufro mis males
y á la suerte no resisto?
¿Cuántos novios se habrán visto
en circunstancias iguales?
Mil; y de este purgatorio
saliera si cual deseo,
hoy imitara á Romeo
y mañana á Juan Tenorio.
Vivos sus hechos estan;

¿por qué temo? Lo importante
es que yo vea al instante
á Pilar. ¡Qué idea! Juan? (Llamando.)
Vive aqui, mas la criada
no se expondrá á un compromiso...
(Reflexionando.)

JUAN. ¿Llamaba usted?

ANGEL. (Idem.) Es preciso
que busque al punto otra entrada...
¿Si este muchacho sabrá?...
Sin embargo... Confiarse
á él...

JUAN (Como va á casarse
el juicio ha perdido ya.)

ANGEL. Escucha.

JUAN. En hablar es tardo.

ANGER. (No hay nadie)
(Mirando hácia el fondo con precaucion.)

JUAN. (Parece un plomo.)

ANGEL. Toma esta propina...

JUAN. Tomo.

ANGEL. Y guárdala al punto.

JUAN. Guardo.

ANGEL. ¿La señora que ha comido
en casa... vive?...

JUAN. Allá arriba;
(Indicando el segundo.)
mas no creo que reciba
de noche.

ANGEL. ¿Tú habrás subido?

JUAN. Si, señor; con don Martin.

ANGEL. ¿Por la escalera exterior
sin duda?

JUAN. Y por la interior.

AMGEL. ¿Hay otra?

JUAN. La del jardin.

ANGEL. ¿Los vecinos tienen derecho?...

JUAN. Como el amo; ya se sabe,
cada uno tiene una llave
igual á aquella.
(Indicando una llave que está sobre un secreter.)

ANGEL. (Esto es hecho.)

JUAN. ¿La quiere usted?
ANGEL. No he de abrir.
JUAN. Está bien. (Algo le pasa.)
ANGEL. Quiero conocer la casa
en donde voy á vivir.
JUAN. (¿Para eso tanta propina?...)
Al lado hay unos terrenos...
ANGEL. Márchate.
JUAN. (Le ocupa menos
la casa que la vecina.)

ESCENA II.

DICHOS, D. MARTIN. Deja al entrar su sombrero y su baston.

MARTIN. Buenas noches; ve á llamar
á Elisa. (El criado entra en el cuarto de Elisa.)
ANGEL. (No se qué cara
poner.)
MARTIN. (Paseándose.) (Fuerza es transigir.)
ANGEL. (Qué nos dirá?)

ESCENA III.

D. MARTIN, ELISA, ANGEL.

ELISA. ¿Me llamabas?
(Momento de pausa.)
MARTIN. Por mas que haya sido Pablo
el que ha traido á esta casa
la discordia...
ANGEL. Usted dispense;
Pablo no ha traido nada.
MARTIN. Déjame acabar...
ANGEL. Yo he sido...
MARTIN. Remonto siempre á las causas.
Pablo ha debido acordarse
de su existencia pasada;
no lo ha hecho y de aqui viene
cuanto sucede en la casa.
No obstante verle he querido
antes de que se embarcara.

ANGEL. ¿Se ha marchado ya?
MARTIN. Espera
en un café de la plaza
á que le llamen.
ANGEL. El viento
es tan fuerte...
MARTIN. Si se aplaca,
su capitan mandará
que leven al punto el ancla.
ANGEL. (Está en el café.)
ELISA. (¡Esta noche!...)
MARTIN. Con cariñosas palabras
he querido hacerle entrar
en una senda acertada.
ELISA. ¿Habrá escuchado?...
MARTIN. No, Elisa.
Su indiferencia sarcástica
me ha recordado esas rocas,
que en vano azotan las aguas,
cuanto mayor es el choque
mas espantosa es su calma.
No he podido abandonarle
sin verter algunas lágrimas.
Hubiera querido hallar
en su faz... en su mirada...
un asomo de ternura,
de respeto, de confianza;
y en aquel corazon frio
y seco, no queda nada.
En cuanto á tí, tambien puedo
decir con razon sobrada: (Á Ángel.)
«ha muerto el hombre de ayer.»
ANGEL. (Requiescant in pace.) Mala
es la causa que defiendo...
harto lo sé.
ELISA. Y yo conozco
la gravedad de mi falta,
mi ligereza, el ridículo
que en adelante me aguarda...
MARTIN. Pues si tanto conoceis,
si la conciencia os maltrata,
por qué no dais al olvido

esa oposicion bastarda.
Un buen arranque... ¡Callais!

ANGEL. Yo quisiera...

ELISA. Padre...

MARTIN. Basta.
El que feliz vuestras manos
unió ayer, hoy las separa.
(Momento de pausa.)
Creí que un hombre sin mundo,
lleno de fé, de esperanza,
y llevando por blason
una conciencia sin mancha,
seria el mejor esposo,
el mas seguro. ¡Confianza
imprudente! La experiencia
seca el corazon, la falta
de mundo hace mas, pues cubre
con una locura extraña
á las virtudes de espinas,
y á los errores de galas.
Mañana iremos los dos (Á Ángel.)
á Rioseco.

ANGEL. (Mañana
iré á Burgos.)

MARTIN. Convendrá
que anuncies en una carta...

ANGEL. Está bien. (Si entra en el claustro,
me marcho al Cairo, á Bengala,
no sé adónde.)

ELISA. (Que se ha acercado á la puerta del jardin.)
(El viento arrecia,
esta noche no se embarca.)

ESCENA IV.

DICHOS, DOÑA DÁMASA, PILAR.

DÁM. Felices noches.

MARTIN. Señora...

ELISA. Pilar...

DÁM. No ha querido irse

sin venir á despedirse.
(Pilar y Elisa se sientan.)

ANGEL. (Triste está mas seductora...
(Mirando á Pilar.)
su mirada angelical
en mi corazon penetra.)

MARTIN. ¿Y quiere usted?
(Ha estado con Doña Dámasa)

DÁM. Una letra
para su corresponsal.

MARTIN. Al punto ..

DÁM. (Deteniéndole.) No corre prisa.
Ya se habrá restablecido
el órden, ya habrán pedido
indulgencia Ángel y Elisa;
y usted con la rectitud
que en cuanto hace resalta,
habrá olvidado una falta
propia de la juventud.

MARTIN. Si; pero he visto con pena
que no puede ser fecunda
en alegrias, coyunda
que se convierte en cadena.

DÁM. ¡Y se vuelve usted atrás!

PILAR. ¿Ya no te casas? (Con alegria comprimida.)

MARTIN. Revoco
lo dispuesto.

DÁM. ¡Está usted loco!

ANGEL. Otros lo estan mucho mas.
(Á doña Dámasa.)

DÁM. Angel, por Dios, no me irrite...

ANGEL. Á usted es á quien atañe...

DÁM. Porque don Martin se engañe
no es justo que yo le imite.
¿Imagina usted que debo
dar pábulo á sus pasiones
y con rotos eslabones
formar un enlace nuevo?
¿Puedo, sin ser importuna
y mas que importuna inepta,
decir á su padre: acepta
una nuera sin fortuna?

ANGEL. Mi padre...
DÁM. De ningun modo.
ANGEL. Pilar...
DÁM. Calmé su locura.
Es mi educanda, es mi hechura:
con eso está dicho todo.
¿Indica amante desvelo,
rencor, comprimida pena
esa mirada serena
que no se aparta del suelo?
PILAR. Si prometí... solo fué
por Elisa... pero ahora...
ANGEL. ¿Se convence usted, señora?
DÁM. ¿Qué oigo?
MARTIN. Déjela usté.
DÁM. Volvemos á las andadas.
ELISA. Puesto que mi padre cede...
PILAR. ¿Quién lo duda? Usté bien puede...
ANGEL. Fíese usted en miradas.
No acceder ya... fuera mengua.
DÁM. La mengua es que sin respeto
me hable asi.
ANGEL. ¿Pues con qué objeto
nos ha dado Dios la lengua?
DÁM. Para poder formular
palabras de paz.
ANGEL. Permita...
DÁM. Es inútil.
ANGEL. (Queriendo interrogar á Pilar.)
Señorita...
DÁM. No se acerque usté á Pilar.
ANGEL. Que confirme al menos...
DÁM. Nada.
ANGEL. ¿Preguntar no he de poder?...
DÁM. ¡Angel!!
ANGEL. (Me voy por no hacer
alguna barrabasada.)

ESCENA V.

DICHOS menos ÁNGEL.

DÁM. ¿Y era este el serafin?
¡un tronera! ¡un seductor!
MARTIN. Le juzga con tal rigor...
DÁM. No me hable usted, don Martin:
á la mas sana moral
en pró de mi juicio invoco.
MARTIN. Corriente; pero está loco
por su sobrina.
DÁM. No tal.
ELISA. Es ingenuo...
PILAR. Y lo confiesa...
MARTIN. Y usted debe dar oidos...
DÁM. Nunca fué á buscar maridos
una dama montañesa.
MARTIN. El padre de Angel...
DÁM. Buscó
una fortuna,
MARTIN. Pero ante
el amor...
DÁM. Es comerciante
y puede decir que no.
En cuanto á Pilar, presiento
que por otras relaciones
olvidará... ¡hay distracciones
tan gratas en un convento!
Usted ha de darme albricias,
pues con sus tocas espesas
será gloria de profesas
y dechado de novicias.
¿No es cierto que en el retiro
serás otra?
(Dándola una palmadita en la mejilla.)
MARTIN. (¿Y que aun aguarde?
¡Oh! ¡ceguedad!)
DÁM. Se hace tarde...
MARTIN. Vamos á extender el giro.
(Entran en el despacho.)

ESCENA VI.

ELISA, PILAR.

PILAR. Ya lo ves, por indolencia;
por vanidad excesiva,
á un mismo tiempo me priva
de amor y de independencia.
ELISA. Igual es nuestra afliccion.
PILAR. Tambien la tuya contemplo...
ELISA. Pues demos las dos ejemplo
de santa resignacion.
PILAR. No puedo imitarte.
ELISA. Piensa...
PILAR. Qué he de pensar, si á medida
que estudio mi nueva vida
mas mi angustia se condensa.
Mis juveniles deseos
ven desparecer, los valles,
las aldehuelas, las calles,
los teatros, los paseos,
el mundo en fin, y cubrirse
el sol de nubes opacas;
mis manos ponerse flacas
y mis mejillas hundirse.
Luego con loca inquietud
corro á los claustros desiertos
para hallar como los muertos
la calma en el ataud.
ELISA. ¡Oh! vuelve en tí por piedad.
PILAR. Pero no ves que es horrible...
ELISA. Sin duda.
PILAR. Y que es imposible
vivir en la soledad.
Si yo pudiera impedir...
de mis proyectos me asusto
y sin embargo, cuán justo
es luchar... y resistir.
La prensa habla...
ELISA. Deliras.
PILAR. Si hemos leido las dos...

ELISA. Cierto es, mas no des por Dios
crédito á tales mentiras.
PILAR. Si sé que una amiga tuya
en un caso parecido...
ELISA. Te engañas.
PILAR. Me han referido...
ELISA. Que esta digresion concluya.
PILAR. Y era la pobre una santa:
mi tia sabe su historia.
ELISA. No traigas á mi memoria
un recuerdo que me espanta.
Pasa con calma los meses
de tu noviciado. Aun cabe
compostura: no es tan grave
el mal mientras no profeses.
PILAR. ¡Qué infeliz es la mujer!...
nunca puede luchar sola,
nunca... y la suerte la inmola.
Iré á Burgos; ¿qué he de hacer?
Ya que hemos de separarnos,
toma...
(Saca una fotografia de una cartera y se la da.)
ELISA. Tu retrato.
PILAR. Si.
Dame ahora el tuyo, y asi
costará mas olvidarnos.
ELISA. Voy; pero te querré mas
solo porque te destierran.

ESCENA VII.

PILAR.

Eso dicen al que entierran...
no te olvidaré jamás.
Hay que hacer el sacrificio
y sufrir y tener calma.
¿Mas por qué no enseña el alma
el modo de tener juicio?
¿Por qué si es sábia medida
aceptar la esclavitud
da Dios tanta juventud,

tanta ilusion, tanta vida?
Cuanto mayor desconsuelo
se esconde en mi ser reacio,
mas aire pido al espacio
y mas libertad al cielo.
Si Ángel me amara... si fiel
á lo que juró... no tiene
corazon... lloro y no viene;
nada puedo esperar de él.

ESCENA VIII.

PILAR, ANGEL.

ANGEL. Usted aqui sola y triste.
PILAR. Triste... no, señor.
ANGEL. Sus ojos
denuncian recientes lágrimas.
PILAR. Cómo ha de ser.
ANGEL. Yo no lloro;
pero en el fondo del alma
igual padecer escondo.
PILAR. ¡Ah!
ANGEL. (Suspira. Si no venzo
de esta hecha soy de corcho.)
Pero si el caso es tan grave
¿por qué no acepta el apoyo
de aquel que solo por ella
sus compromisos ha roto,
de aquel que pone á sus pies
su vida y su patrimonio?
PILAR. Muchas gracias, pero...
ANGEL. Acaso
desconfia...
PILAR. Mi decoro...
ANGEL. No puede faltarla el hombre
que desea ser su esposo.
Diga usted una palabra
y será libre.—Respondo...
PILAR. ¿Y si algun inconveniente
se opusiera á nuestros votos?
ANGEL. Lo allanaria... el amor,

que es noble y pundonoroso,
entre aquellos que le infaman
sabe levantarse un trono.
(He llegado á ser maestro
sin saber cuándo ni cómo.)
¡Aun duda usted! ¿por qué el hombre
no lleva el alma en su rostro?
¡Por qué?...

PILAR. Si no dudo, Angel;
¿mas qué hacer? ¿cómo me opongo?

ANGEL. Hay mil medios: lo importante
es que forme usté el propósito
de no ir á Burgos.

PILAR. Sin duda;
mas siendo el plazo tan corto...

ANGEL. Lo segundo es que confie
en mí.

PILAR. (¡Qué apuro!)

ANGEL. Es forzoso
decidirse, el tiempo vuela.
De usted depende ya todo.
(Soy un Lobelace.) Vamos,
Pilar, resuelva usté pronto...

PILAR. Ya que no hay otro remedio...
Ya que me obligan...

ANGEL. (¡Oh! ¡gozo!)

PILAR. Mas qué proyecto...

ANGEL. Este sitio
es el menos apropósito...
Baje usté á las diez en punto
al jardin. Sé que la enojo,
pero hablarnos sin testigos
podemos allí tan solo.
Si es bueno mi plan lo acepta,
lo desaprueba si es loco.
En esto estriba su suerte,
respóndame usted pues oigo...

PILAR. Hablaremos. (Con resolucion.)

ESCENA IX.

DICHOS, ELISA.

ELISA. El retrato. (Dándoselo á Pilar.)
ANGEL. (Me parece que me porto,
ahora escribo á Pablo.) (Se sienta y escribe.)
ELISA. Encuentro (Á Pilar.)
mas alegria en tu rostro.
PILAR. Te engañas. (Bajando los ojos.)
ANGEL. (Escribiendo.) «Venga usté al punto...»
ELISA. (Pensativa.) (Han estado los dos solos.)
ANGEL. (Escribiendo.) «Ocurre un lance imprevisto
y me hace falta su apoyo.»
(Cierra la carta con rapidez y llama en un tim bre.)
Ahora se la lleva Juan.
ELISA. (No sé lo que en ellos noto,
pero algo les pasa.)

ESCENA X.

DICHOS, JUAN.

ANGEL. (Á Juan.) Escucha. (Le habla bajo.)
Dile que es urgente...
JUAN Corro. (Se marcha.)

ESCENA XI.

DICHOS, menos JUAN.

ELISA. Pilar, sé franca conmigo.
PILAR. ¿Franca? me llenas de asombro.
ELISA. ¿Angel no te ha dicho?...
PILAR. Nada.
ANGEL. (¡La dicha me vuelve loco!)

ESCENA XII.

DICHOS, D. MARTIN, DOÑA DÁMASA.

DÁM. ¿Y no será necesario
que vuelva?...
MARTIN. De ningun modo.
DÁM Si no bastara la letra...
MARTIN. La adelantaria fondos
el corresponsal.
DÁM. Mil gracias.
Lo malo es que poco á poco
se ha hecho tarde y que aun no tengo
los asientos.
MARTIN. Si eso es todo,
dejaremos á Pilar
arriba... y luego nosotros...
DÁM. Muy buena idea.
ANGEL. (¡Famosa!)
Á sus órdenes me pongo...
DÁM. Es inútil.
ELISA. Doña Dámasa... (Abrazándolas.)
Pilar... nos veremos pronto.
ANGEL. Que lleve usted feliz viaje.
(Queriendo dar la mano á Pilar.)
DÁM. Atrás. (Interponiéndose.)
ANGEL. (¡Y nos deja solos!)
MARTIN. Vuelvo al punto. Escribe en tanto...
(Á Angel.)
ELISA. (Ni una lágrima en sus ojos.)
(Observando á Pilar.)

ESCENA XIII.

ÁNGEL, ELISA.

ANGEL. (Se marcha tan satisfecha...
y en tanto que vuelven puedo...
Pilar no conoce el miedo,
de modo que es cosa hecha.)
ELISA. (Trataré de averiguar...

¿Va usted á escribir?

ANGEL. No, Elisa;
¿para qué?... No corre prisa,
tal vez me marche á viajar. (Con énfasis.)

ELISA. ¿Lejos sin duda?

ANGEL. Dios sabe,
por el punto no me aflijo.

ELISA. ¿Y va usted solo?

ANGEL. De fijo
aun no lo sé.

ELISA. (Esto es grave)
El hombre es libre, su antojo
en todos tiempos se acata...

ANGEL. Sobre todo, si se trata
que un hombre que tiene arrojo.

ELISA. Nuestra suerte es mas sombria,
pues la mujer que comprende
su deber...

ANGEL. Eso depende...
hay mujeres de energia.

ELISA. (Con intencion.) Mujeres que en un segundo
pierden consideraciones,
honor...

ANGEL. Las grandes pasiones
tienen por alfombra el mundo.

ELISA. Aseguro desde luego
que no piensa asi Pilar.

ANGEL. Pues yo puedo asegurar
que tiene un alma de fuego.

ELISA. Lo sé, pero su talento
la hace despreciar el crimen.
¿No es cierto, Angel?

ANGEL. La oprimen...

ELISA. ¡Cómo?...

ANGEL. Aborrece el convento,
y Pilar no será esclava.

ELISA. ¿Qué dice usted?

ANGEL. Yo lo fio.

ELISA. ¿Pues qué proyecta, Dios mio?
hable usted, ¿por qué no acaba?...
Mas qué falta me hace oir
si su culpa le confunde,

si su silencio difunde
lo que no quiere decir.

ANGEL. Pues bien... si... usté es honrada,
mas conoce la lealtad
de mi afecto, por piedad
sea usted nuestra aliada.
No hay nadie que nos impida...
será la obra de un minuto;
solo ruego, no discuto,
le deberemos la vida.

ELISA. ¡Mas comprende usted lo grave?...

ANGEL. Don Martin no lo sabrá
hasta despues.
(Un reloj de torre da á lo lejos las diez.)
¡Las diez ya!

ELISA. (Aterrada.) ¿Qué es esto?

ANGEL. Aqui está la llave.
(Abre con rapidez la puerta del jardin.)

ELISA. Angel, por Dios...

ANGEL. Imposible...
(Desaparece. Cierra por fuera la puerta del jardin.)

ESCENA XIV.

ELISA.

Pero cuál es su intencion,
quizá un rapto, una evasion;
algun plan inadmisible.
Habrá logrado probarla
que huyendo ambos... ¡Qué agonia!
la vida entera daria
por impedir... por salvarla.
¡Y la infeliz no comprende!...
Cerrada, ¡lance fatal!
(Tratando de abrir la puerta del jardin.)
No dará un paso del cual
toda su vida depende. (Con resolucion.)
(Llamando.) Juan? no acude, Juan?
(Corriendo al foro.)

ESCENA XV.

ELISA, D. MARTIN paseando en el foro.

MARTIN. ¿Qué pasa?
ELISA. (¡Ah! ¡mi padre!) (Retrocediendo.)
MARTIN. (Asombrado.) ¿Qué te asusta?
ELISA. Yo... (Muy turbada.)
MARTIN. ¡Desde cuándo disgusta
mi presencia en esta casa!
ELISA. (¡Cómo descubro... y le digo?...)
Padre...
MARTIN. No te hallo en tu centro,
tiemblas.
ELISA. No...
MARTIN. ¿Por qué te encuentro
tan reservada conmigo?
Ten mas ánimo, mas calma,
mira que mi afecto insultas
si de tal modo me ocultas
lo que escondes en tu alma.
Pablo volvió aqui de nuevo...
ELISA. No.
MARTIN. En tu franqueza fio.
¿Te escribió?
ELISA. No, padre mio...
MARTIN. ¿Qué es entonces?...
ELISA. No me atrevo...
MARTIN. Pues el labio que enmudece
para fomentar la duda,
es porque guarda sin duda
nn secreto que envilece.
ELISA. ¡Y que tu cariño infiera!
no te ocultaré un bocablo.
(En el momento en que va á contar á su padre lo que sucede, aparece Juan en la puerta del fondo y dice con cierto misterio:)

ESCENA XVI.

DICHOS, JUAN.

JUAN. Ya viene el señor don Pablo. (Juan se marcha.)

ESCENA XVII.

D. MARTIN, ELISA.

ELISA. (Anonadada.) ¡Ah!
MARTIN. ¡Pablo!... ¡Y yo estaba fuera!
(Mirando con ira comprimida y creciente á Elisa.)
Esa palidez... ¿los dos?...
Habia un plan, plan seguro...
fraguado por él.
ELISA. Te juro...
MARTIN. Conozco á Pablo.
ELISA. Por Dios ..
oye.
MARTIN. Tu desdicha labra.
Si lo debí presumir...
pero su plan he de oir
hasta la última palabra.
De sus infamias despues
podré al menos convencerle.
ELISA. Pero escucha...
MARTIN. Quiero verle
anonadado á mis pies.
Quiero con justa rudeza
decirle, si airado arguye,
asi vive, asi concluye,
el hombre que mal empieza.
ELISA. Padre ..
MARTIN. Siempre que en el mundo
conciencias asi se exprimen
se encuentra que el primer crímen
es escalon del segundo.
ELISA. Pero padre mio, piensa
que mi pecho haces pedazos.
MARTIN. Llega, prepare sus lazos,

yo preparo mi defensa.
(Entra en el despacho.)

ESCENA XVIII.

ELISA, D. MARTIN en el despacho, ÁNGEL trayendo de la mano á PILAR. Salen por la puerta del jardin.

ANGEL. Valor. Jugada redonda.
Elisa no nos censura....
ELISA. ¡Yo!
PILAR. ¡Elisa! que mi locura
tu seno de hermana esconda.
(Se arroja en los brazos de Elisa. Toda esta escena debe ser muy rápida.)
ANGEL. Es necesario .. (Con fuego á Pilar.)
PILAR. Mi honor
protegerá un casamiento. (Á Elisa.)
ELISA. Calla, infeliz.
ANGEL. (Á Pilar.) ¡El convento!
¡Ah! nuestro libertador.
(Viendo á Pablo. Entra trayendo en la mano la carta que le escribió Angel.)

ESCENA XIX.

DICHOS, PABLO.

ANGEL. } Pablo. (Rodeándole con ansiedad.)
PILAR. }
ELISA. (Dios nos favorezca.)
PABLO. ¿Qué significa esta carta?
¿en qué consiste el espanto
que se lee en todas las caras?
ANGEL. La conducen á las Huelgas.
Usted va á levar el ancla,
recíbanos usté á bordo:
es nuestra sola esperanza.
PILAR. Mi tia puede volver...
y ya esta ansiedad me mata.
PABLO. ¡Recibirles en mi buque
para que tal vez mañana...

Á cada paso que doy
encuentro una nueva página
de la historia de mi vida,
hoja suelta que me espanta!
¡Niña infeliz! ¿Qué hombre cuerdo
tendria bastante audacia
para empañar esa frente
con una indeleble mancha?
¡Qué importa que la pureza
viva en el fondo del alma
si al alma no la ve el mundo
y el mundo es el que difama!

ANGEL. Pero si ella pide...

PABLO. ¡Pide!...
Tambien una mujer casta,
y como ella hermosa y pura,
pedia vertiendo lágrimas
amor, libertad y espacio
á un hombre que la escuchaba.
Diez años hace, el amante
se mecia en la alborada
de la vida; la mujer
á los veinte no llegaba.
Ni él el mundo conocia
ni ella el oprobio y la infamia:
los separaba la suerte,
y locos los dos se amaban.
Pasó un año... al terminarse
llegó una noche nefasta.
Santander dormia; el viento
la escasa luz de una lámpara
agitaba sin cesar
con sus invisibles ráfagas;
un reloj de sobremesa
igual hora señalaba...
Pálidos los dos amantes
y comprimidas las almas
prestaban atento oido...
se escuchan por fin pisadas ..
aparece un marinero
en una puerta... los llama,
le siguen, llegan á un buque,

suben temblando la escala
y el ancho mar los acoge
entre sus revueltas aguas...
Desde entonces... ¡cuánto oprobio,
cuánto insulto, cuántas lágrimas!
¡qué hacerse ambos responsables
de su imperdonable falta!
El amante se avergüenza
de la mujer deshonrada;
la que fué pura suspira
por su madre y por su patria...
la suerte los abandona,
la sociedad los maltrata,
y él pide hambriento y llorando
proteccion á los que pasan,
y ella... cubierta de harapos,
triste, macilenta, flaca,
sin conservar ya vestigios
de la belleza pasada,
en un desvan miserable
su triste existencia acaba.

PILAR. ¿Y esa mujer?... (Con ansiedad.)

ELISA. Fué mi amiga.

ANGEL. ¿Y usted?... (Á Pablo.)

PABLO. ¿Acaso mi cara
no está publicando á gritos
que cometí aquella infamia?

ELISA. ¿No te horroriza esa historia?

PILAR. Morir pobre... abandonada...

PABLO. Y era como usted entonces,
(Asiéndola una mano.)
y como usted sollozaba...
y su amante la veia
con dulce amorosa calma...
(Mirando á Angel.)

PILAR. ¡Qué horror!
(Ocultándose el rostro entre las manos.)

PABLO. Sin decirla: huye,
aun eres pura y honrada...
huye antes que la vergüenza
pueda enrojecer tu cara...
la virtud te está llamando...

y tu familia te aguarda...

PILAR. Si, si. (Sollozando.)

PABLO. Que el lazo del crímen
no llegue á unir nuestras almas.

PILAR. ¡Oh! no; jamás.

PABLO. Separémonos
aunque espiremos mañana.

PILAR. Para siempre. (Á Angel con espanto.)

ANGEL. (Id.) Para siempre.

ELISA. Bravo, Pilar, bravo.
(Queriendo abrazarla.)

PILAR. (Desasiéndose y huyendo por la puerta del jardin.)
¡Aparta!

ESCENA XX.

DICHOS, menos PILAR. D. MARTIN permanece en la puerta del despacho visiblemente conmovido.

PABLO. Valor, Ángel.

ANGEL. (Cayendo entre los brazos de Pablo.)
Ahora si
que puedo darle las gracias.
(Momento de pausa.)

MARTIN. ¡Y yo le creia muerto!...
y solo elogios merece...

ELISA. Lo que has hecho te engrandece
y te rehabilita.

ANGEL. Es cierto.

PABLO. (Con profunda amargura.)
Cuando yo de la virtud
el precio no conocia,
y en pos del placer corria
con juvenil inquietud;
cuando en un mundo ideal
incorregible buscaba
lo que entonces no encontraba
en la existencia real;
sin comprender mi locura,
la sociedad inexperta
abria ante mí la puerta
de una vida honrada y pura,

y ahora que llena el alma
de inexplicable agonia,
mi ser entero daria
por un momento de calma:
ahora que la rectitud
de mis ideas, permite
que nuevas faltas evite
y que aprecie la quietud:
ahora, en fin, que me envanece
la experiencia bienhechora
que supe adquirir, ahora
la sociedad me escarnece;
me arrebata una familia
amada, un tranquilo hogar,
me repite sin cesar:
ya nada te reconcilia,
nada de tu fé responde;
olvida tus patrios lares
y en el fondo de los mares
tu eterno dolor esconde.
Ya de Santander me voy
para siempre.

MARTIN. Santander
sabe lo que fuiste ayer
y yo sé lo que eres hoy.

PABLO. ¿Usted?

MARTIN. Fuí mudo testigo
de tu accion, no soy de roble,
y esa accion honrada y noble
te reconcilia conmigo.

ELISA. Padre!...

MARTIN. (Mirando á Angel.) La dulce quietud
solo debe causar luto
á aquel que un primer tributo
no paga á la juventud.

PABLO. Yo le pagué.

MARTIN. Yo ignoraba
todo esto por mas que asombre,
y en tí no veia el hombre
que allá en mi mente buscaba.

PABLO. Señor...

ELISA. Mi afecto le abona.

ANGEL. (Bravo.)
PABLO. Si en este momento
mi pobre madre...
MARTIN. Presiento
que ella tambien te perdona.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, PILAR, DOÑA DÁMASA muy enojada y trayendo una carta en la mano.

DÁM. Si tardo un punto en volver
ya estaba perdido todo!
PILAR. Por piedad... (Queriendo apoderarse de la carta.)
DÁM. De ningun modo,
aqui mismo se ha de leer.
ANGEL. (Solo esto faltaba ahora.)
DÁM. Queria huir!
PILAR. Mi disculpa...
DÁM. Pablo (Como iluminada por una reflexion súbita.)
ha tenido la culpa.
PABLO. Siempre acierta esta señora.
DÁM. Vea usted lo que escribia...
MARTIN. Á qué esa carta me muestra,
si la falta ha sido nuestra.
DÁM. De usted si, pero no mia.
MARTIN. Aquel que ahoga ó comprime
del alma los nobles gritos
tan solo engendra delitos.
DÁM. ¿Qué me dice usted!
ANGEL. Sublime.
PABLO. Sin mi acendrada amistad
corrieran cual nunca sueltos
por esos mares revueltos
en busca de libertad.
DÁM. ¡Jesus!
PABLO. Mas yo que importuno
deshice un proyecto impio
en nombre de su albedrio
y de su pasion, los uno.
DÁM. Pero si Angel...
PABLO. Mi intento

nadie ha de poder variar.

DÁM. Su padre...

PABLO. Yo iré á buscar
si es fuerza el consentimiento.

ELISA. Las oposiciones todas
concluyan...

MARTIN. Como la mia;
consienta usté, y en un dia
se celebrarán dos bodas.

DÁM. ¡Pero se ha vuelto usted loco!
Señor, qué es lo que estoy viendo?

PABLO. Ya lo irá usted comprendiendo
por partes y poco á poco;
por hoy bástela saber:
que el destino me perdona,
que mi buque se estaciona
para siempre en Santander;
pues harto de naufragar
su antiguo valor desmaya;
de hoy mas, dormirá en la playa
arrullado por el mar.

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 4 de Marzo de 1865.

El Censor de Teatros.
NARCISO SERRA.

' María.
en 1818.
á vista de pájaro
bre hojuelas.
s de Polonia.
l ó la Emparedada.

Blanco.
o se entiende, ó un hom-
mido.
contra nobleza.
do oro lo que reluce.

a.
to de enmienda.
rio revuelto.
y por él.
ridas las de honor, ó el
avio del Cid.
uerta del jardin.
o caballero es D. Dinero.
veniales.
y castigo, ó la conquis-
Ronda.

avido al Coronel!.
ucho abarca.
rte la mia!
s el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro *(Patron de Madrid)*.
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Sobresaltos de un marido.

Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco

Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato á quemaropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un si y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicida!
Un marido cogido por los cabe llos.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

y Medoro.
e buena ley.
nas feo.

na la Gitana.
y Marte.
Flora.

ando.
riquita.
santo, ó el Alcalde pro-

ller.
ino.
o de una ópera.
ero y la maja.
del hortelano.
a y en Marruecos.
en la ratonera.
o mono.
de carnaval.
io (drama lírico.)
llon de la Rioja *(Música)*
nde de Letorieres.

El mundo á escape.
El capitan español.
El corneta.
El hombre feliz.
El caballo blanco.
El Colegial.

Harry el Diablo.

Juan Lanas. *(Música.)*
Jacinto.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. *(Música.)*
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.
La Jardinera. *(Música)*
La toma de Tetuan.
La cruz del Valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.

Mateo y Matea.
Moreto. *(Música.*

Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.
Por sorpresa.
Por amor al prójimo.

Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.

eccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, gundo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Robles.
Albacete	Perez.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almeria	Alvarez.
Avila	Lopez.
Badajoz	Ordoñez.
Barcelona	Sucesor de Mayol.
Idem	Cerdá.
Bejar	Coron.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	Verdugo Morillas y compañia.
Cartagena	Muñoz Garcia.
Castellon	Perales.
Ceuta	Molina.
Ciudad-Real	Arellano.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Lago.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Giuli.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico	José Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Verdejo.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Taboadela.
Idem	Moya.
Mataró	Clavel.
Murcia	Hered. de Andrion
Orense	Robles.
Orihuela	Berruezo.
Osuna	Montero.
Oviedo	Martinez.
Palencia	Gutierrez é hijos.
Palma	Gelabert.
Pamplona	Barrena.
Pontevedra	Verea y Vila.
Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Martinez.
Sanlúcar	Esper.
Sta. C. de Tenerife	Power.
Santander	Hernandez.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Mengol.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y comp.
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Font.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	Mariana y Sanz.
Valladolid	H. de Rodriguez.
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	Illana.
Ubeda	Bengoa.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	Lac.